

CUARTA PROFECÍA

En ella se predice una ola de calor que provocará el derretimiento del hielo de los polos. Según los mayas, éste será el modo en que el planeta limpiará y reverdecerá, pero, a la vez, se inundarán las costas y miles de personas que viven cerca del mar se enfrentarán a serios peligros.

Los mayas se basaron en el giro de quinientos ochenta y cuatro días del planeta Venus para calibrar sus cálculos solares. Venus es un planeta fácilmente visible en el cielo, pues su órbita está entre la tierra y el sol. Dejaron registrado en el Códice Dresde que cada ciento diecisiete giros de Venus, marcados cada vez que aparece en el mismo sitio en el cielo, el sol sufre alteraciones, aparecen enormes manchas o erupciones de viento solar. Cada cinco mil ciento veinticinco años se producen alteraciones aún mayores y, cuando esto ocurre, el hombre debe de estar alerta, pues es el presagio de cambios y destrucción.

En el Códice Dresde figura la cifra 1366560 kines, que sólo se diferencia en veinte años con la que aparece en el templo de la Cruz de Palenque, 1366540 kines. Esta variación numérica corresponde al “tiempo de no-tiempo”, el periodo que viviremos desde 1992. Los cambios en la actividad del sol serán más fuertes, puesto que las protecciones que tenemos a nivel planetario se están debilitando, el escudo electromagnético que nos cubre está disminuyendo su intensidad.

Todas las profecías buscan un cambio en la mente del hombre, pues el universo está generando todos esos procesos para que la humanidad se expanda por la galaxia y comprenda la integridad fundamental con lo que existe.